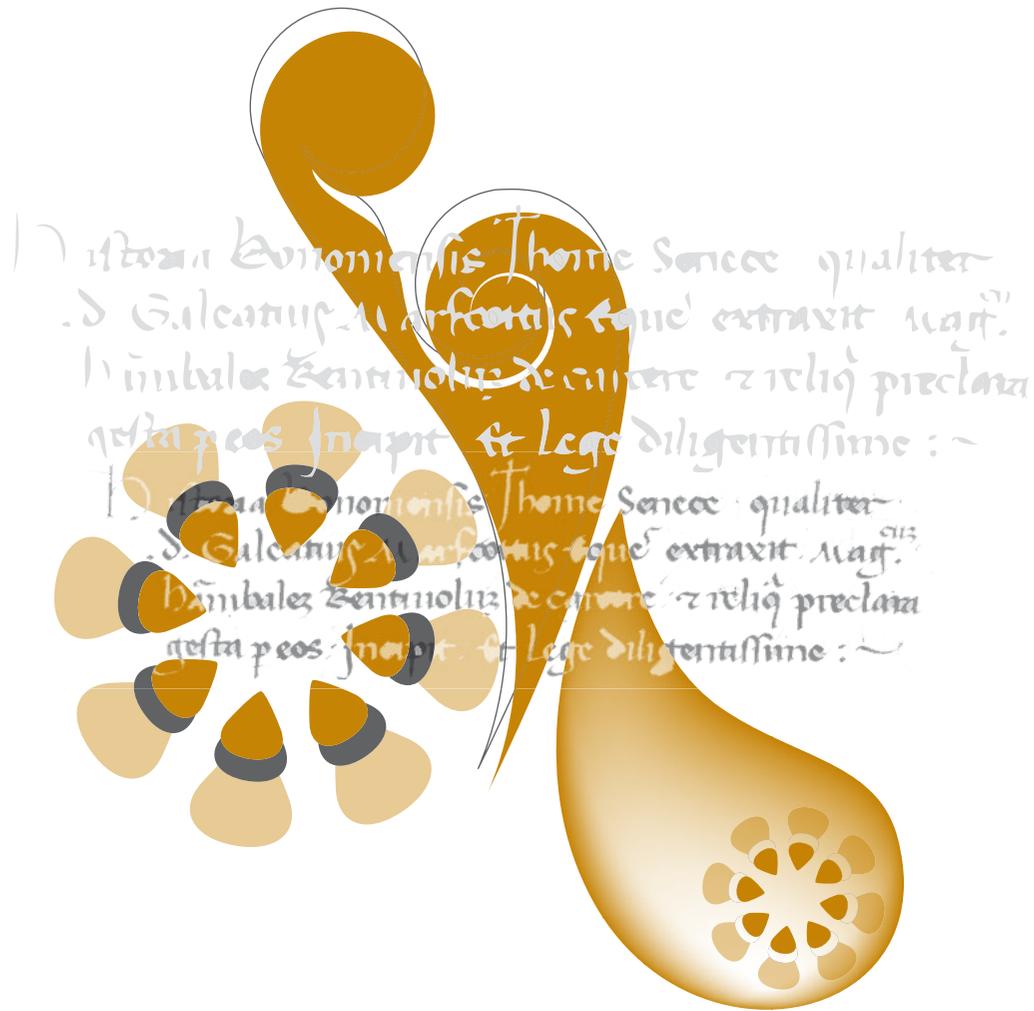


Presentación



En una conferencia de extraordinaria lucidez, cuya traducción al castellano publicamos en la sección 'Archivos del futuro' del precedente número de *Puente@Europa*, el recordado Tommaso Padoa-Schioppa hacía alusión al “factor humano” de la presente crisis económica en los siguientes términos: “El mercado ha subyugado al gobierno no solo en la forma de pensar, sino también como valor en la vida y como guía para el comportamiento social”. Seguía lamentando que una cantidad creciente de “los mejores y más brillantes individuos” fueran atraídos por la idea de obtener ganancias “en lugar de dedicarse al servicio público o a la investigación”. En lo que había sido el tríptico central de la vida del hombre realizado, *to learn, earn and serve* (aprender, ganar, servir), el término intermedio había ganado protagonismo, desplazando a los otros dos en las aspiraciones de los jóvenes contemporáneos. El estatus social del servidor público y del académico, lamentaba Padoa-Schioppa, habían declinado de la misma manera.

Tal como ocurre muchas veces, el continente americano y europeo, aun con tiempos y modalidades diferentes, parecen enfrentar los mismos desafíos, lo que hace su colaboración y la comparación de sus respectivas experiencias aun más fructífera. En este caso, el desafío se configura como la necesidad de recuperar el equilibrio entre los términos de este crucial tríptico, empezando por su primer elemento, el aprendizaje. Más allá de lo que cada uno pueda opinar

sobre las razones de sus fallas ¹, no hay quien desconozca que las debilidades en el ámbito de enseñanza superior no repercuten solo en la calidad de las personas que nos gobiernan sino que también amenazan la calidad de nuestras mismas democracias.

De hecho, una de las funciones cruciales de toda democracia, con respecto a otros sistemas políticos (oligarquías, monarquías etc), es la de poner en marcha mecanismos que permitan una participación más amplia en la ‘cosa pública’ y una limitación al poder de los que mandan –ya sean autoridades públicas (gobiernos locales, nacionales y supranacionales) o mercados (por ejemplo ‘los mercados financieros’).

Claro está que esta limitación no se puede conseguir simplemente con los contrapesos institucionales *à la Montesquieu*, genialmente concebidos para solucionar problemas de otras épocas históricas y de otros sistemas políticos. Como muestra el artículo de Juan Pablo Milanese, hay dinámicas que se ponen en marcha entre los poderes (ejecutivo y legislativo en los casos que él analiza) que dificultan un equilibrio basado en el supuesto ‘razonamiento imparcial’ de uno de ellos y favorecen, al contrario, actitudes basadas en el autointerés ².

Aunque, en una suerte de ‘heterogénesis de los fines’, estos mecanismos puedan terminar por tener un efecto equilibrador en lo que respecta, por ejemplo, a los excesos de presidencialismo, los mismos

limitan, *de facto*, la posibilidad de perseguir programas políticos de largo alcance, porque transforman la actividad política en un *do ut des* (o, mejor, en un *mercato delle vacche*), caracterizado por la prevalencia de transacciones de favores –aun bajo la ennoblecedora etiqueta de ‘incentivos selectivos’.

Tampoco, en lo que refiere al mercado, son suficientes los límites que el derecho pone a las actividades humanas que impliquen daños a la comunidad. Esto ocurre no solo en los casos más obvios, como los accidentes con impacto ambiental o la contaminación de productos, sino en modo particular en aquellos vinculados a una cierta tecnología cuyos efectos no son ciertos hasta que ocurra una ‘crisis’ –la crisis de la vaca loca, por ejemplo, a la cual se refiere Gonzalo Sozzo en su artículo ³.

La democracia requiere debates y un poder democrático tiene que preservar cuidadosamente la autonomía de sus interlocutores –una autonomía formal, garantizada por el derecho, y sustancial, garantizada por la posibilidad de desarrollar facultades críticas. La democracia necesita quien sepa analizar, comprender y discutir con ‘argumentos razonables’. Cuantas más personas desarrollen estas capacidades, tanto mejor será el estado de salud de una democracia, a cualquier nivel que se la quiera implantar –local, nacional o, más aun, supranacional. Además, la democracia tiene que consolidarse con la ayuda de quien, en el marco de sus reglas ‘neutrales’, la pueda desafiar, quien pueda practicar lo que Foucault llamaba, retomando un término griego, *parresia* ⁴, o sea, decir la verdad –no la Verdad del Verbo encarnado, sino la verdad individual y contingente del “hablar franco” (*franc parler*).

Casi todas las intervenciones de la sección ‘Archivos del futuro’ del presente número pretenden, de hecho, jugar este papel, es decir, interpelar a la Unión Europea sobre la racionalidad de sus elecciones en tema de políticas de desarrollo económico y social.

¿Dónde, si no en la universidad, se deberfan forjar estas herramientas de comprensión, que sostienen la formación de ciudadanos y líderes comprometidos? Hace siglos se discute eso, en el marco de las más amplias cuestiones de la relación entre saber y poder y entre educación y democracia. La Grecia de Sócrates fue, supuestamente, la cuna de este debate, un debate que, al mirar de más cerca, nunca faltó del todo en aquellos países que se asomaban a la democracia ‘moderna’. En los Estados Unidos alcanzó una amplitud inesperada luego de la publicación de un libro de gran vuelo, desafiante y sarcástico, escrito en 1987 por Allan Bloom. El texto se intitulaba *The closing of the American mind* y su dedicatoria recitaba *How Higher Education Has Failed Democracy and Impoverished the Souls of Today's Students*.

Mientras que, de algún modo, Bloom le reprochaba a la democracia haber arruinado a la universidad al imponerle un relativismo poco atento a los valores universales ⁵, ahora se le reprocha más bien al mercado haber arruinado a la universidad al imponerle la ‘rentabilidad’ no solo como regla de gestión, sino como valor en el aprendizaje (incorporado por aquellos estudiantes cuyas primeras preguntas son sobre el número de hojas –sea para leer o para escribir). Pero los resultados de las críticas ‘conservadoras’ de ayer y ‘progresistas’ de hoy tienen algo en común en la parte normativa, al solicitar, ambas, a las universidades retomar sus antiguas tareas de formadores de los espíritus críticos e independientes.

Martha Nussbaum, que ha re-animado el debate norteamericano en 2010 con su *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades* ⁶, amplía el espectro de las capacidades necesarias a la democracia que las universidades han dejado de transmitir en estos últimos años hasta comprender, mas allá del pensamiento crítico, la capacidad de abandonar las lealtades parroquiales y aquella de “imaginar con compasión las dificultades del próximo” ⁷.

En la misma senda, hace algunos meses, el *The New Yorker* publicó un brillante artículo que exponía el contenido de dos libros importantes al respecto ⁸. El primero es el éxito de una encuesta sociológica sobre lo que aprenden los estudiantes en los *colleges*.

Al ‘operacionalizar’ sus clásicos objetivos de “to think critically, reason analytically, solve problems, and communicate clearly” a través de una serie de problemas prácticos presentados a un grupo de estudiantes antes y después de sus estudios universitarios, el autor se dió cuenta de la pobreza de sus avances en este sentido ⁹. El segundo libro es un relato de carácter personal y anecdótico, pero no menos contundente, sobre la experiencia de un profesor enfrentado a la titánica tarea de complementar dos enfoques que todavía coexisten en el recinto universitario pero que, en la opinión del autor, se están volviendo cada día mas irreconciliables –y que pueden ser resumidas bajo las etiquetas de la visión meritocrática y la visión democrática ¹⁰.

En España, el debate ha sido igualmente vigoroso, criticando muchos de sus participantes el ‘deslice empresarial’ de las universidades y sus notables contradicciones, además de los peligros que encarna para lo que todavía es, en España, una experiencia joven: la democracia. Quienes toman partidos son catedráticos, sean de Filología Griega (Carlos García Gual), Historia Antigua e Historia de las Religiones (José Carlos Bermejo). Últimamente, se ha unido al valioso grupo un profesor de Literatura Comparada de la Universidad de Barcelona, Jordi Llovet, que ofrece en su *Adiós a la universidad. El eclipse de las humanidades* ¹¹ una apasionada crítica del deterioro de la docencia en los nueve siglos que van de “Bolonía a Bolonia” –es decir de la fundación de la universidad de la sabiduría y de la *techne*, hasta la declaración de 1998 que lleva el nombre de la misma ciudad ¹². En el libro, Llovet no tiene dudas al destacar que la universidad “debe civilizar a los estudiantes, politizarlos”. Nadie duda, por supuesto, de que el autor está hablando de la *polis* griega....

Cualquier sea el juicio que a este proceso se le quiera dar, nadie puede desconocer que la educación de grado se está transformando, en muchos países del mundo ‘desarrollado’, de ‘institución’ en ‘empresa’. Es importante notar que este proceso no es un fenómeno aislado, sino que participa en una más amplia transformación del estado y de algunas de sus más antiguas instituciones, tal como las fuerzas armadas, que se han ido convirtiendo en una ‘organización’ cuya primera tarea no es la persecución de un bien común (la seguridad, en este caso), sino la correcta rendición de cuentas a sus *stake holders* en términos de eficacia y eficiencia de sus gastos. No es extraño que en las dos áreas de la seguridad y de la educación, donde la definición de un objetivo común se ha vuelto tan conflictiva, se note el mismo afán hacia la privatización, que va en paralelo con un cambio de los contenidos y modalidades de las tareas que cumplen y con una aplastante burocratización de su entorno. El hecho de que, en los Estados Unidos, los préstamos para pagar los estudios universitarios se hayan vuelto en un lucrativo *business* y que los estudiantes que los utilizan, al graduarse, se vuelvan automáticamente deudores (muchas veces insolventes), nos indica el peligroso alcance de las actuales tendencias hacia la rentabilidad.

Este número de *Puente@Europa* no ambiciona entrar en este debate tan complejo, sino que quiere demostrar, más modestamente, que, a pesar de los tiempos duros, analizar críticamente es todavía posible. Los lectores dirán si los esfuerzos han valido la pena.

Para hacer esta prueba empírica hemos convocado a un grupo de estudiantes que forman parte de la supuesta ‘aristocracia del saber’, es decir, doctorandos y doctorados de América Latina, Europa y Australia que se encuentran en diferentes momentos de su carrera: hay quienes están articulando los fundamentos teóricos de su tesis doctoral, como por ejemplo Luciana Gil, y quienes tienen ya una sólida aunque breve trayectoria posdoctoral, como es el caso de Gonzalo Sozzo.

Hemos pedido al director de la Maestría en Relaciones Internacionales Europa-América Latina, Gianfranco Pasquino, que comparta con los lectores algunas reflexiones preliminares sobre el significado de la noción de ‘buena investigación’. Su respuesta, aunque referida en particular a las ciencias políticas, es un pequeño *vademecum* universal para quienes se acercan a la ardua labor de investigar las ‘causas de las cosas’.

Dado el carácter y la misión del centro que produce la revista, el Centro de Excelencia Jean Monnet, la mayoría de los artículos están enfocados en cuestiones vinculadas a la integración. Por un lado, algunos autores tratan de comprender, a través del enfoque de la integración y de la cooperación regional, los cambios que se están planteando en la naturaleza de las políticas públicas y en sus modalidades: Daniela Perrotta describe cómo la incipiente política de educación mercosuriana es el resultado de cambios estructurales de largo alcance en la manera misma de concebir la educación, mientras que Damián Paikin observa cómo las actividades ‘externas’ de las provincias argentinas conforman un entramado de cooperación que va más allá de la integración formal e influyen también en la naturaleza misma de los estados, con éxitos contradictorios en lo que se refiere al vigor de su soberanía. Otros autores tratan de crear su propia caja de herramientas analíticas, donde conviven elementos provenientes de enfoques clásicos y heterodoxos, de ciencia política y de economía, intentando con su ayuda, como lo hacen Luciana Gil y Martín Obaya, dar cuenta de los éxitos y fracasos de los procesos de integración. Otros, más prudentes, llevan a cabo incursiones históricas acerca de actores olvidados de la integración (como el Comité Europeo para el Progreso Económico y Social, en el caso de Sigfrido Ramírez Pérez) y de un actor externo, pero crucial como son los Estados Unidos. Mientras que el artículo de Flora Anderson

nos muestra las similitudes del estructural-funcionalismo y de su novedosa interpretación de las dinámicas sociales con las visiones que fundamentaron las Comunidades Europeas, Alessandra Bitumi, renovando el marco de la historia de las relaciones internacionales, examina la complejidad que caracterizó, desde el principio, la relación entre integración europea y Comunidad Atlántica. Finalmente, Alice Cunha nos brinda una reconstrucción de uno de los momentos menos estudiados en el tema de la ampliación, es decir el cauteloso acercamiento de Portugal a las Comunidades Europeas durante los últimos veinte años del *Estado Novo*.

Dadas las diferentes matrices disciplinarias de los ensayos que conforman este número, animados por la preocupación de alcanzar un nivel mínimo de coherencia, los artículos han sido sometidos a un amplio trabajo editorial para homogeneizar el estilo de notas y citas y, en la medida de lo posible, darle uniformidad respecto a algunas reglas editoriales básicas (puntuación, minúsculas/mayúsculas, cursivas/negritas, comillas, etc)¹³. No hemos logrado reducir la extrema variedad de técnicas y posturas formales para alcanzar el grado de homogeneidad que nos habíamos propuesto. Una lección más de las trampas del universalismo, en todas sus formas y apariencias. *Ex pluribus, pluribus*, pero con una meta común: cuidar al valor irremplazable del pensamiento crítico y de la razón analítica.

Comité editorial *Puente@Europa*

Notas

¹ O sobre las vías de salida propuestas por los estudiantes que, desde Chile hasta España, han salido a las calles para reclamar el retorno del estado a sus funciones primarias.

² Razonamiento imparcial y autointerés han sido identificados por Jon Elster como cruciales para entender las encrucijadas que caracterizan los debates en temas de políticas públicas; Jon Elster, *Argomentare e negoziare*, Milano, Bruno Mondadori, 2005 (ed. orig. 2005).

³ Un artículo donde el lector atento podrá descubrir huellas del concreto impacto de la Unión Europea en el desarrollo normativo de sus socios comerciales, o sea lo que algunos autores definen como su singular “poder normativo”; ver Ian Manners, “Normative Power Europe: A Contradiction in Terms?”, en *Journal of Common Market Studies*, Vol. 40, n. 2, 2002. pp. 235–258.

⁴ Práctica de inspiración cristiana, cuyo nombre procede de las palabra griegas *παρηγορία* (formada a su vez por *pān*, “todo”, y *rhēsis*, “discurso”). Foucault la utiliza en el sentido de “decir todo” (*tout dire*): ver Michel Foucault, *Le courage de la vérité. Le gouvernement de soi et des autres, II, Cours au Collège de France 1984*, Paris, Seuil/Gallimard, 2009.

⁵ Por supuesto que el planteo que se desarrollaba a lo largo de las casi 400 páginas de las cuales se compone el libro era mucho más complejo y sofisticado.

⁶ Martha Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Buenos Aires, Katz editores, 2010 (ed. orig. 2010).

⁷ *Ibidem*, p. 26.

⁸ Louis Menand, “Live and learn. Why we have college”, en *The New Yorker*, 6 de junio de 2011. El provocativo subtítulo es “Más y más

americanos van al *college*, pero ¿cuántos de ellos aprenden algo?”

⁹ Richard Arum y Josipa Roksa, *Academically Adrift*, Chicago, University of Chicago Press, 2011. Menand nos cuenta que los autores trazan una distinción interesante entre el grupo de los estudiantes cuyos estudios se focalizan en *liberal-arts fields* (es decir, tienen *majors* en *sciences, social sciences, and arts and humanities*) y estudiantes en cuyos estudios prevalecen *non-liberal-arts fields* (*business, education and social work, communications, engineering and computer sciences, and health*) –con la advertencia de que el 60% de los estudiantes eligen *majors* en *not-liberal-arts* y el *major* número 1 en los Estados Unidos es *business*. Ahora bien, es esta mayoría, según la investigación del autor, en la que menos se nota un avance en términos de pensamiento crítico y razonamiento analítico; ver L. Menand, *art. cit.*

¹⁰ Profesor X, *In the Basement of the Ivory Tower. Confessions of an accidental academic*, New York, Viking Press, 2011.

¹¹ Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011.

¹² Javier Rodríguez Marcos, “La mala hora de las humanidades”, en *El País*, 8 de noviembre de 2011; el autor del artículo refiere que el texto se ha convertido en el libro de no ficción más vendido en catalán solo por detrás de *Los indignados*, de Stéphane Hessel. Para más información sobre el ‘proceso de Bologna’, ver el sitio web de la *European Higher Education Area 2010-2012*, <http://www.ehea.info/>.

¹³ En la edición de los documentos incluidos en la sección ‘Archivos del futuro’ ha prevalecido, por el contrario, el criterio del respeto del contenido y de la forma de las que consideramos las fuentes primarias del futuro, hasta el punto de dejar en su idioma original dos de los textos: el del Presidente de la República italiana Giorgio Napolitano (en italiano) y el de la investigadora Cécile Barbier (en francés).